



LIT. MATEU.

20 céntimos en toda España

APUNTES

Número atrasado 30 céntimos

PERIODICO SEMANAL ILUSTRADO
Se publica todos los Domingos

ADMINISTRACIÓN=VALENZUELA, 10.=MADRID.

A NUESTROS LECTORES

Esta revista tiene el carácter de amena instructiva originalísima y altamente artística, debido á lo cual tanta aceptación ha tenido desde la publicación de su primer número.

Más no consideran sus propietarios alcanzado, ni con mucho, el ideal que persiguen, que es el de hacer de APUNTES la Revista mas importante de España, contando, como cuentan para esto, con la colaboración de literatos y artistas del renombre de Pi y Margall, Picon, Balart, Pérez Galdos, Pereda, Campoamor, Sanchez Pérez, Nuñez de Arce, Clarin y Zahonero para no enumerar más; y pintores y escultores como Pradilla, Sorolla, Dominguez, Moreno Carbonero, Jiménez, Aranda, Sala, García Ramos, Villegas, Benlliure (hermanos) Muñoz Degrain, Folgueras, Marinas y otros de tanto renombre, cuyos trabajos ampararán los de la gente nueva que en las letras y en las artes comience á señalarse.

Por otra parte, APUNTES dará cuenta de las evoluciones estéticas que vayan surgiendo, de los grandes acontecimientos que se realicen en el campo de la literatura y de las artes; de la vida social, en su aspecto artístico y de la historia de nuestras industrias ornamentales, rehuyendo cuanto no tenga relación directísima con la índole artística y literaria que le informa.

Dentro de algun tiempo, muy poco, esta revista, cuyas condiciones materiales ya son excelentes las hará inmejorables y ampliará el número de páginas sin que por esto se altere en nada el ínfimo precio actual de suscripción y venta.

Madrid, trimestre.....	2,50 ptas.
" año.....	9 "
Provincias y Portugal, trimestre.....	3 "
" " año.....	11 "
Ultramar y extranjero, semestre.....	9 "
" " año.....	17 "

Las suscripciones se contarán desde el primer número de cada mes. Pago adelantado.

ANUNCIOS

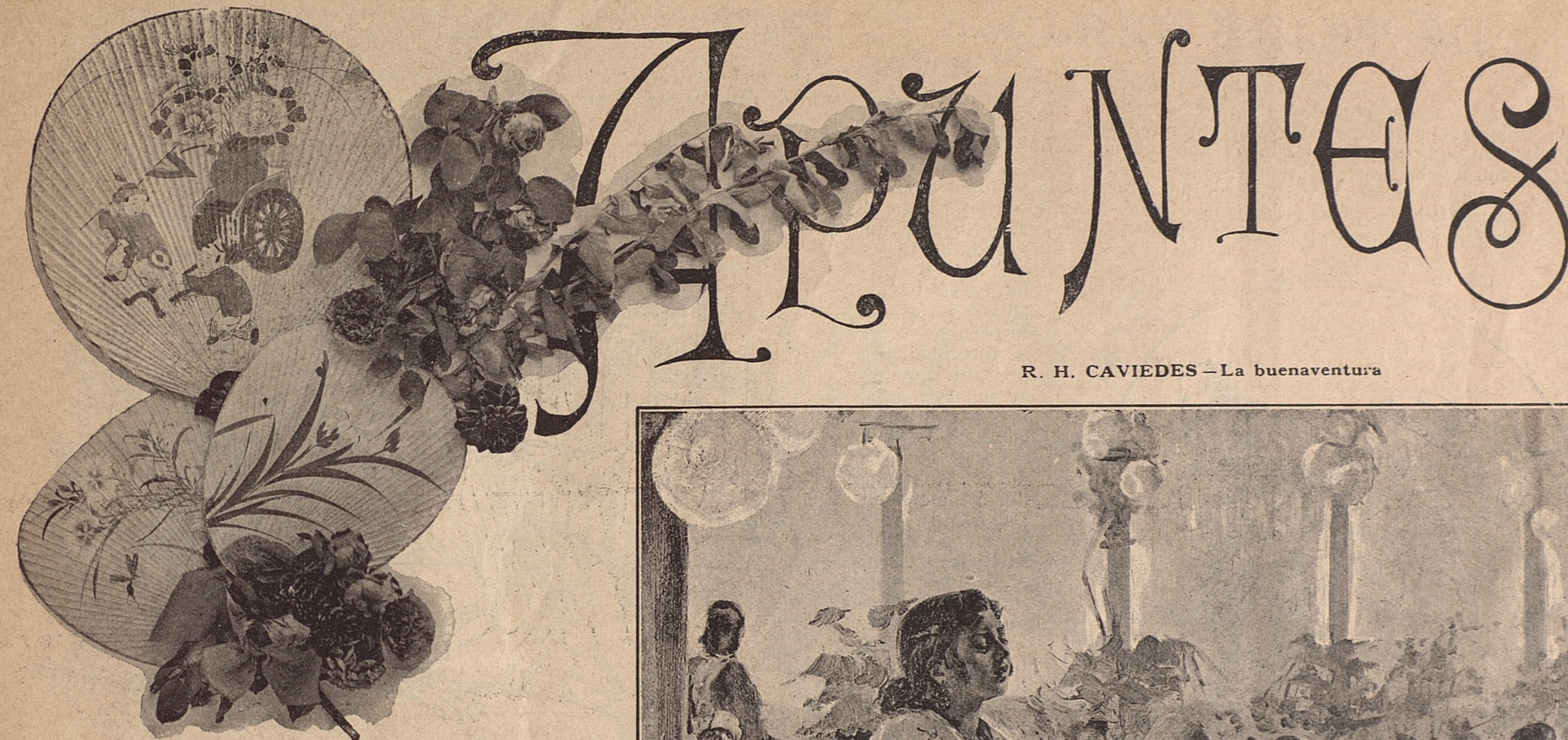
Se admitirán con arreglo á tarifa en esta administración.

En la sección de anuncios artísticos son de cuenta de la redaccion de "APUNTES" los dibujos, originales y distintos en cada número.

Centros de Suscripción

Papelería Inglesa, Principe, 15.—High-life, Sevilla, 14, y en las librerías Guijarro, Preciados, 5.—Fé, Carrera de San Jerónimo, 2.—Murillo, Alcalá, 7.—Suarez, Preciados, 48.—San Martín, Puerta del Sol, 6.—José Ruiz y Comp.º Principe, 14.—Romo y Fusel, Alcalá, 5.—Hijos de Cuesta, Carretas, 9.—Mateu, Barquillo, 6.—New England, Carrera de San Jerónimo, 29.—Carlos Salvi, Espoz y Mina, 17.—Antonino Romero, Preciados, 17, librería.

P.6411



R. H. CAVIEDES — La buenaventura

Año I Madrid 23 de Agosto de 1896. Núm. 23

SUMARIO

La buenaventura, por R. H. de Caviedes.—*De trjas abajo*, por El Editor; dibujos de Sileno.—*Instantánea*, por José de Cubas; dibujo de R. H. de Caviedes.—*En la drogueria*, por Clarin; dibujos de A. Guinea.—*Secreto burlado*; dibujo de Benedito.—*Circulo... vicioso*, por A. Sánchez Pérez; dibujos de Lezcano.—*Hoja de álbum*, por Páramo.—*Notas de la guerra*, por F. Navarro y Ledesma; dibujo de Campuzano.—*Apunte del día*, por Joaquín Moya.—*Distraziones*.



DE TEJAS ABAJO

Ya la moral se fué de Grecia,
pues ya no canta Gedeón...

Así ha exclamado el público numerosísimo que durante más de cien noches se deleitaba y se regocijaba inocentemente aplaudiendo las *alegóricas* coplas de Gedeón, que con mucha gracia y talento cantaba Pinedo en la revista *Cuadros disolventes*, y que hoy repiten organillos, guitarreros y violinistas *fixos y circulantés*, y á la par todas las discípulas inconscientes de Angel Muro... Todo el mundo las repite menos Pinedo, á quien con fieros ademanes tapó la boca un

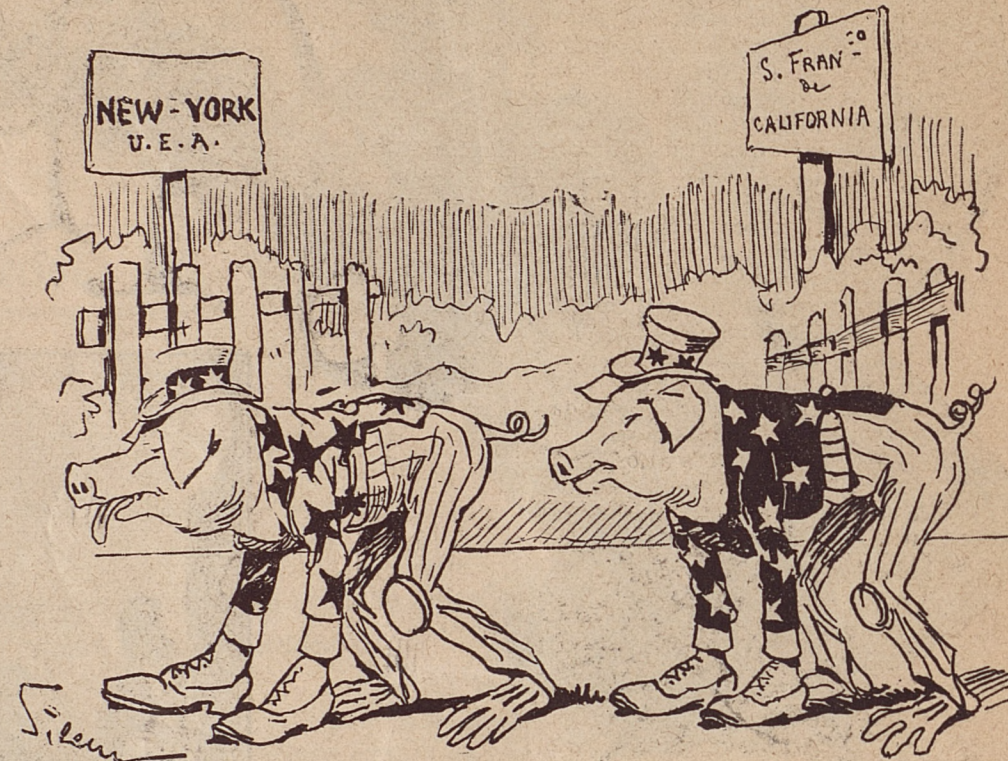


les no abundan por ahí desgraciadamente. Pero lo que tiene gracia verdadera es la oportunidad indiscutible de la prohibición, que no se ha hecho sino al cabo de haberse cantado unos ochocientos á mil *couplets*, ó, como antes decimos, cuando ya todo el mundo se los sabe de coro.

Si en ello hubiera habido peligro verdadero, hubiera acontecido otro tanto. La cosa era llegar tarde y, á ser posible, con daño.

Si no existieran los *yankéés*, habría que inventarlos. Así como de cierto autor

ingenioso dijo Rivarol, si no estamos trascordados, que era la providencia de los almanaques, de nuestros *leales amigos of the United States*, puede afirmarse que son la más inagotable mina y el tópicó más fecundo para proveer de asuntos á cronistas, *confeccionadores* de periódicos y fautores de *Revistas de la prensa* ó de *Ecos del mundo entero*.



¡Y qué asuntos! Aquel incomparable inventor de extravagancias lúgubres: aquel escritor de fantasía desbocada que comunicaba á los lectores el desvariado imaginar de la continua borrachera que padecía, Edgardo Poe no ha dejado en su país imitadores ni discípulos, porque era, en realidad, inimitable y porque no se ha hecho la miel para jetas de *yankéés*. Pero si no hay quien escriba como Edgardo Poe, si hay, en cambio, quien haga cuantos dislates, desafueros y sandeces pudieran ocurrirle á una fantasía más fecunda aún que la del famoso cuentista *yankée*. Ciertó que en todo cuanto se cuelga y atribuye á los sobrinos del tío Sam hay mucho de infundio; pero son frecuentes las ocasiones en que la realidad excede á cuanto imaginarse pueda.

Así acontece ahora con el *match á machada* que proyectan realizar dos individuos de la *Gran República*, los cuales se han sentido cuadrúpedos de repente, y obedeciendo á estas inclinaciones atávicas, han tomado la asnal resolución de darse una carrera en pelo desde San Francisco de California hasta Nueva York. No hay que decir que la carrera será á cuatro patas, herrándose previa y esmeradamente los dos solípedos con herraduras neumáticas y enjaezándose con la

albarda nacional, ó sea el frac de larguísimos faldones que el tío Sam robó á los negros *minstrels* y con la famosa chistera rucia estrellada.

Es de suponer que el premio consista en un nutritivo pienso y en una jalma ó cincha ó cabestro de honor. pues no más culto y digno galardón merecen ese par de socios del *Burring-Club*, cuya hazaña ciertamente que no la hubiera previsto el autor de *El Escarabajo de oro*.

Razón hay, pues, para que las naciones más cultas de Europa simpatizen con los paisanos de la pareja ó yunta citada mucho más que con nosotros los españoles; razón hay para que á nosotros nos califiquen de gente atrasada y bárbara comparándonos con esos apreciables ciudadanos que andan á cuatro pies. Con esos, con los descendientes del burro de Sancho Panza es con quien les convenirá aliarse á los franceses, ingleses é italianos; jamás con los que descendemos del ingenioso hidalgo que siempre se vió solo en medio de los yermos de la Mancha, como en las soledades de Sierra Morena, y enfrente de los yangüeses, como cara á cara con el caballero de los Espejos.

Ahora, no recomendamos á los dos americanos cuadrúpedos que vayan á París, ante todo porque les soltaria un discurso de bienvenida Rochefort, y como á esto no podrían resistir, por muy callosa que tengan la epidermis, en cuanto los viera muertos el pueblo parisiense, reputándolos pollinos de verdad... se los comería.

Para dar prueba de sus simpatías á los *yankéés* y á sus congéneres de Cuba, el periódico ilustrado más cursi de Europa, *L' Illustrazione italiana*, publica dos páginas de grabados y algunas columnas de texto de su último número, dedicadas á la insurrección de Cuba. En ellas no se sabe qué admirar más, si lo tosco y basto de las láminas ó lo mentiroso y necio del artículo, que á las cien leguas trasciende á las pezuñas laborantes que en su composición intervinieron. Todo se reduce á un elogio descarado é impudente de Maceo y Máximo Gómez, pintándolos como dos genios de la guerra, y á poner en duda la energía y resistencia de España, tanto en lo militar como en lo económico.

A nadie que esté en autos debe extrañar que los italianos hagan elogios de los negros y de los mulatos, puesto que negros y mulatos eran los que hace bien poco *se tragaron* literalmente á doce mil hombres con todos sus generales, coroneles, etc., del *precavido* ejército de Italia: natural es, por consiguiente, que tengan los italianos altísima idea del poderío de la gente de color, aunque ellos

no han sabido mirarla frente á frente, pues no es tal su costumbre. Natural es también que juzguen agotadas las fuerzas de la *esausta Spagna* (como dice el articulista), si juzgan por lo que sucede en la propia península italiana, donde hace luengos años que no circula ni una moneda de plata y donde en cambio, *circulan* con tanta celeridad como *prudencia* hacia las fronteras, millares de prófugos para no entrar en quintas. Natural es, por fin, que sienta lástima y conmiseración de un pueblo antiquísimo y glorioso como el de España, la nación que, como Italia, se compone de remiendos y desperdicios de la corona española, de la austriaca y de la francesa, zurcidos de cualquier modo. No de otra manera miran los advenedizos que han creado su fortuna acá y acullá, Dios sabe cómo, á los señores linajudos, cuyas rentas y derechos afectan ignorar.

No participamos aquí de la simpatía que por los mulatos sienten los súbditos de Humberto, y buena prueba de ello fué la detención del *viajero misterioso*, que llevaba cuatrocientas libras en el maletín de viaje, hablaba cuatro idiomas, no quería explicarse en ninguno, y se dejó, buena y mansamente, prender en castellano.

En el momento en que esto se escribe creemos de buena fe que el mulato es un *excéntrico*, aunque ignoramos si musical ó danzante, y más bien creemos que sea esto último. Después del *clown* que viajaba dentro de un baúl, no se han presentado más viajeros curiosos y entretenidos á quien detener que el mulato del otro día.

—¡Otro *clown*, otro *clown* como el de marras!—decían algunos sujetos perspicaces.

—¿Por qué?
—Toma, *clown* ó hércules ó acrobata de circo tiene que ser á la fuerza. ¿No ha oído U. que lleva 400 libras en un maletín y las levanta con una sola mano?

No con una, si no con las dos, y además con las *extremidades* inferiores, se defienden ahora algunos *gachós* de coleta. Hace pocos días fué agredido brutalmente por dos toreros, cuyos nombres *hemos* convenido en no citar, un apreciable crítico taurino que había juzgado desfavorablemente á uno de los *compares*. De aquí á poco, nada nos chocará que se organice una corrida en la que sean picados, banderilleados y muertos á estoque los revisteros taurinos que hayan osado poner en duda el valor, la belleza ú otras prendas personales de los ínclitos diestros, y se dará la puntilla á quien afirme, verbigracia, que ha visto pasar á uno de éstos por la calle del Arenal, en donde hay varios bazares de *maletas*.

EL EDITOR



Instantánea.

Quando volvieron al salón, reían,
frescos los labios y húmedos, besaban,
las mejillas de rojo se pintaban
y las miradas sin querer, ardían;
en brazos de los hombres se reían
y las notas del vals las arrullaban
y á veces en su vértigo, volaban,
y á veces dulcemente se mecían...
Escalofrio voluptuoso y breve
por sus espaldas de apretada nieve
corría en sensaciones deliciosas,
aire de amor llenaba sus pulmones...
¡Y sobre el seno las abiertas rosas
parecían vibrantes corazones!

JOSÉ DE CUBAS

EN LA DROGUERÍA

El pobre Bernardo, carpintero de aldea, á fuerza de trabajo, esmero, noble ambición, había ido afinando, afinando la labor; y D. Benito el droguero, ricacho de la capital, á quien Bernardo conocía por haber trabajado para él en una casa de campo, le ofreció nada menos que emplearle, con algo más de jornal, poco, en la ciudad, bajo la dirección de un maestro, en las delicadezas de la estantería y artesonado de la drogueria nueva que D. Benito iba á abrir en la Plaza Mayor, con asombro de todo el pueblo y ganancia segura para él, que estaba convencido de que iría siempre viento en popa.

Bernardo, en la aldea, aun con tanto afán, ganaba apenas lo indispensable para que no se muriesen de hambre los cinco hijos que le había dejado su Petra, y aquella queridísima y muy anciana madre suya, siempre enferma, que necesitaba tantas cosas y que le consumía la mitad del jornal misérrimo.

Su madre era una carga, pero él la adoraba; sin ella la negrura de su viudez le parecería mucho más lóbrega, tristísima.

Bernardo, con el cebo del aumento de jornal, no vaciló en dejar el campo y tomar casa en un barrio de obreros de la ciudad, malsano, miserable.

Por lo demás, decía, de los aires puros de la aldea me rio yo; mis hijos están siempre enfermuchos, pálidos; viven entre estiercol, comen de mala manera y el aire no engorda á nadie. Mi madre, metida siempre en su cueva, lo mismo se ahogará en un rincón de una casucha de la ciudad que en su rincón de la choza en que vivimos.

Tenía razón. Y se fué á la ciudad. Pero en la aldea no conocía una terrible necesidad que en el pueblo echaron de ver él y su madre, por imitación, por el mal ejemplo: el médico y sus recetas. Los demás obreros del barrio tenían, por módico estipendio, *asistencia facultativa* y ciertas medicinas, gracias á una Sociedad de socorros mutuos. En el campo, cada año, ó antes si había peligro de muerte, veían al médico del Concejo que recetaba chocolate.

Ramona, la madre, con aquel refinamiento de la *asistencia médica*, empezó á acariciar una esperanza loca, de puro lujo: la de sanar, ó mejorar algo á lo menos, gracias á dar el pulso á palpar y enseñarle la lengua al doctor, y gracias, sobre todo, á los jarabes de la botica. Bernardo llegó á participar de la ilusión y de la pasión de su madre. Soñó con curarla á fuerza de médico y cosas de la botica. El doctor,



chapado á la antigua, era muy amigo de firmar recetas; no era de estos que curan con higiene y buenos consejos. Creía en la farmacopea, y era además aristócrata en materia médica; es decir, que las medicinas caras, para ricos, le parecían superiores, infalibles. Metía en casa de los pobres el infierno de la ambición; el anhelo de aplacar el dolor con los remedios que á los ricos les costaban un dineral.



El tal Galeno, después de recetar, limitándose á los cortos alcances que la Sociedad le permitía, respiraba recio, con cierta lástima desdeñosa, y daba á entender bien claramente que aquello podía ser la carabina de Ambrosio; que la verdadera salud estaba en tal y cual tratamiento, que costaba un dineral; pues entraban en él viajes, cambios de aire, baños, duchas, aparatos para respirar, para sentarse, para todo,

brebajes reconstituyentes muy caros y de uso muy prolongado... en fin, el paraíso inasequible del enfermo *sin posibles*.

Bernardo tenía el alma oscurecida, atenaceada por una sorda cólera contra los ricos que se curaban á fuerza de dinero; entre los suspiros, las quejas y sugestiones de su madre, y aquella constante tentación de las palabras del médico que le enseñaba el cielo de la salud de su madre... allá, en el abismo inabordable, le habían cambiado el humor y las ideas; ya no era un trabajador resignado, sino un esclavo del jornal, que oía pálido y rencoroso las predicaciones del socialismo que en derredor suyo vagaban como rumor de avispas en conjura. No envidiaba los palacios, los coches, las galas; envidiaba los baños, los aparatos, las medicinas caras. Ahí estaba la injusticia: en que unos, por ricos, se curaran, y los pobres, por pobres, no.

Para echar más leña al fuego, vino la amistad con el droguero D. Benito. Terminada la obra de los lujosos anaqueles, abierta solemnemente al público la nueva tienda, conforme á los últimos adelantos, de manera que, según frase que corrió mucho, nada tenía que envidiar al mejor establecimiento de París, en su clase. Bernardo tomó la costumbre de pasar algún rato, después del trabajo, en la droguería, conversando con los dependientes de D. Benito y con el mismo D. Benito. Bernardo se creía un poco partícipe de la gloria de aquel gran *palacio de la salud*, puesto que había trabajado en toda la obra de ebanistería. Además, le atraían los cacharros, aquella luciente porcelana con letreros de oro, que encerraba, como en urnas sagradas, el misterio de la salud, á precios fabulosos, imposibles para un jornalero.

Ante los escaparates, Bernardo se extasiaba. Admiraba, primero, una especie de Apolo, de barro barnizado, que sonreía frente á la plaza, tras los cristales, rodeado de vendas, como una momia egipcia, con un brazo en cabestrillo y una pierna rota, sujeta por artísticos rodrigones ortopédicos. Admiraba las grandes esponjas, que curaban con chorros de agua; los aparatos de goma, para cien usos, para mil comodidades de los enfermos; los frascos transparentes, llenos de pildoras que costaban caras, como perlas; las botellas elegantes, aristocráticas, bien lacradas y envueltas en vistosos papeles, como damas abrigadas con ricos chales; botellas de vinos de los dioses, todos dulzura y fuerza, la salud, la vida en cuatro gotas.

Todo lo admiraba, porque en todo creía; porque el médico de su madre le había hecho supersticioso de la religión de los específicos, de las curas infalibles, pero lentas, carísimas. Y D. Benito, y su gente, por la cuenta que les tenía, y por amor al arte, y por vanidad, y por ver al pobre carpintero pasmado ante tanto prodigio,



remachaban el clavo describiéndole las curas maravillosas de estas y las otras drogas, del vino tal, de los granos cuál y del extracto X. Pero... lo de siempre: todo era muy caro, todo exigía perseverancia, uso continuo durante mucho tiempo...; es decir, todo exigía que Bernardo, para curar á su madre con aquellos portentos, gastase en un mes lo que ganaba en un año...

Y el infeliz se contentaba con mirar, palpar á veces, tomar en peso paquetes, frascos, botellas, etc., etc... y suspirar y resignarse. Su pobre madre no curaría; porque él podía comprarle, con gran sacrificio, la *medicina cara* una vez, dos veces... pero luego, ¿qué? El mal vendría más fiero y el dinero se habría acabado y hasta el crédito... y... imposible, imposible.

La prueba de que todo aquello era para ricos, muy caro, estaba en lo rico que se había hecho D. Benito; tenía ya millones... Era un trato: él daba la salud y á él le pesaban en oro... los que podían.

*
**

Una tarde vió Bernardo entrar en la droguería á un anciano que parecía un difunto; un difunto de muy mal humor; con un ceño que era mueca de condenado; encorvado, como si estuviese herido por una maldición del cielo, con la respiración anhelante, irregular, los pómulos salientes, los ojos brillantes y angustiosos de modo siniestro. Vestía traje de muy buen corte, de riquísimo paño, pero muy descuidadamente. Entró sin saludar, se sentó en un sillón que solía ocupar D. Benito, y al momento le rodearon, con grandes muestras de respeto, todos los dependientes.

Á poco se presentó el amo, gorro en mano, y haciendo reverencias.

—¡Oh, D. Romualdo! Cuánta honra... después de siglos...

—Perdona, Benito; pero si vengo por aquí de tarde en tarde es... porque... ya sabes que todo esto me revienta. Si tuvieras tienda de juguetes no faltaría una tarde... de las pocas que el condenado mal me deja salir de casa. Pero estas porquerías (y señalaba á los cacharros de los anaqueles) me repugnan... ¡Qué farsa! ¡Los médicos! ¡Mal rayo! Cada receta un pecado mortal...

D. Benito y los suyos sonrieron; no osaron contradecir al D. Romualdo, que parecía un muerto muy bien vestido.

Por la conversación que siguió, fué Bernardo enterándose de cosas que le vino muy bien saber.

D. Romualdo era el primer ricachón del pueblo, protector *illo tempore* de Don Benito; enfermo crónico, desesperado, sin resignación, furioso, con un achaque por cada millón, inútil para curar sus males. Muchos años hacía, también aquel millonario había creído, como el jornalero Bernardo, en el misterioso prestigio de la medicina infalible, en el don de salud de la receta cara; con vanidad, con orgullo, casi contento con tener que poner á prueba el poder mágico del dinero, creyendo que hasta alcanzaba á dar vida, energía, buenas carnes y buen humor; el Fúcar aquel había derrochado miles y miles en toda clase de locuras y lujos terapéuticos; conocía mejor, y por cara experiencia, las termas célebres de uno y otro país que el famoso Montaigne, tan perito en aguas saludables; no había aparato costoso, útil para sus males, que él no hubiera ensayado: en elixires, extractos y vinos nutritivos había empleado caudales... y al cabo, viejo, desengañado, hasta con remordimientos por haber creído y predicado tanto aquella religión de la salud á la fuerza y á costa de oro, confesaba con rabia de condenado la impotencia de la riqueza, la inutilidad de las invenciones humanas para impedir las enfermedades necesarias y la muerte.

De tarde en tarde, y como por el placer de ir á insultar á las engañosas drogas, en su casa, cara á cara, se presentaba D. Romualdo en la lujosa tienda de D. Benito, donde tanto gasto había hecho, donde ya no gastaba ni un real. Su tema era repetir á su antiguo protegido:—¿Por qué no te deshaces de toda esta farsa, de toda esta porquería, y pones almacén de juguetes? No es menos serio y es más sincero; así no



se engaña á nadie; venderías los cañones, los sables de mentirijillas por lo que son; no dirías: esto es de verdad, sino, es broma.

Notó Bernardo que allí nadie se atrevía á contradecir aquel dogma de la inutilidad de drogas y recetas, caras ó baratas; todos decían amén á los desprecios del ricacho; nadie le proponía tal ó cual específico para ninguno de los infinitos dolores de que se quejaba. En cambio, se tomaban muy en serio las últimas esperanzas de curación que D. Romualdo ponía: 1.º en un *apóstol* que acababa de llegar al pueblo y curaba con agua de la fuente y falsos latines... y 2.º en un viaje á Lourdes.

Cuando se marchó D. Romualdo de la droguería, lanzando furiosas miradas de ira y de desprecio á estantes y escaparates, Bernardo, que no había dicho palabra, se levantó, dió las buenas tardes y salió á la calle. Respiró con fuerza.

Se fué á dar un paseo hacia las afueras, al campo. Ya obscu-

recía. Las estrellas le dijeron algo de igualdad en lo inmenso, de igualdad en la pequeñez de la miseria humana. Su madre no sanaba..., porque hay que morir..., no por pobre... D. Romualdo no sanaba tampoco... El dinero..., las medicinas caras... ilusiones. Todos iguales, pensaba, todos nada. Y, entre triste y satisfecho, sentía un consuelo.

Clarín.



MANUEL BENEDITO—SECRETO BURLADO—(Segundo premio del Concurso de APUNTES)

Círculo.... vicioso.

HACE ya mucho tiempo, mucho, no recuerdo cuánto; pero, en fin..., mucho que me lo contaron y no quise creerlo. Pero después hallé confirmada la noticia en los diarios de gran circulación y todavía la puse en cuarentena. Hoy sigo

resistiéndome á creerlo, y no obstante principio á dudar, pues no puedo explicarme que todos se hayan puesto de acuerdo para hacerme comulgar con ruedas de molino.

Parece que existe, ó existía, en Dresde un casino titulado *Círculo de los Viudos*, y que en ese casino se procuraba únicamente facilitar distracciones de todas clases á los maridos que tenían la desgracia de perder á sus cónyuges.

El fin del *establecimiento* es real y verdaderamente misericordioso, pues que de consolar al triste se trata; pero, en realidad, ni todos los viudos han menester de casinos *ad hoc* para mitigar las amarguras de la viudez, ni el viudo que acuda espontáneamente al Círculo en busca de distracciones de todas clases da muestras de hallarse muy acongojado.

Aquí, por ejemplo, no hay, que yo sepa, Círculo de Viudos; lo cual no obsta para que cualquier viudo, por inconsolable que parezca, halle á mano todas las distracciones que necesite y aun muchas más de las necesarias.

Los diarios que publicaban la noticia, agregaban á manera de explicación aclaratoria:

«Todo ciudadano que pierde á su mujer es socio de este Círculo, y, en caso de reincidencia, si el socio contrae segundas nupcias, pasa á ser socio honorario... hasta una nueva viudez.»

Aunque la redacción de ese párrafo no resulte muy clara, supongo que ese *ciudadano* á quien se alude no será socio del Círculo por el solo hecho de quedarse viudo y que habrá de solicitar su admisión, en una ó en otra forma, como en todos los casinos se hace.

Es decir, me lo figuro yo.

Y me figuro también al atribulado esposo en el acto de sentarse á su mesa de despacho y requiriendo en ella lo que llaman los dramaturgos acotación de sus obras, *recado de escribir*, para hacer la solicitud en debida forma.

«Acabo de perder á mi queridísima esposa, á la dulce compañera de mi vida, al ángel de mi hogar, á la mujer adorada, de quien no me olvidaré nunca; estoy inconsolable y necesito distraerme. *Por tanto*, á V. E. suplico encarecidamente que, después de enterarse de los documentos adjuntos, se digne disponer mi admisión á su Círculo, en el que he de hallar el consuelo que me hace falta. Favor que espera alcanzar de la notoria bondad de V. E., etc., etc.»

Á esta solicitud acompañarán, sigo figurándomelo, los documentos indispensables; *verbo-gracia*: la partida de casamiento, la de defunción de la esposa, y acaso con certificación de buena conducta y de hallarse el aspirante en posesión de sus derechos civiles.

Uno de los diarios en que vi la extravagante noticia comentó por su cuenta el asunto en las líneas siguientes:

«Los estatutos del Círculo de Viudos no hablan de socios de mérito; pero ya se han presentado varias instancias en este sentido.

«De los que quisieran ser viudos y no pueden.»

Y ese comentario humorístico fué justamente el que me hizo sospechar que se trataba de una broma.

Broma que, para hablar con franqueza, me pareció de muy mal gusto.

Pero, por otra parte, aunque la copla diga:

«El mentir de las estrellas
es muy seguro mentir;
puesto que nadie ha de ir
á preguntárselo á ellas,»

aquí me encontraría en muy distinto caso.

Dresde no está en las estrellas, ni mucho menos. Ahí lo tenemos en Europa mismo, y casi casi en el centro, como si dijéramos, que podríamos tocarle

con sólo alargar la mano,

que dijo Gertrudis Gómez de Avellaneda, y nada más fácil que averiguar si en efecto hay ó ha habido en Dresde ese Círculo de los Viudos, de cuyas Juntas generales presumo, que, á pesar de todas las distracciones del mundo, tendrán cierto carácter fúnebre por la monotonía de los lutos en el traje y las gasas negras en los sombreros.

Porque si no se impone por condición á los socios abandonar el luto al ser admitidos, aquello, más que Círculo de recreo, tendrá el triste aspecto de una oficina de pompas fúnebres.

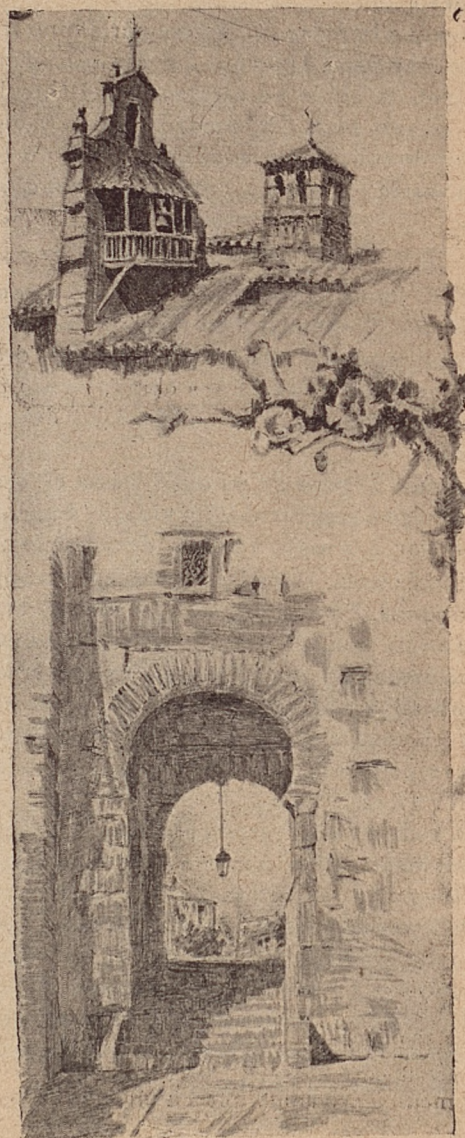
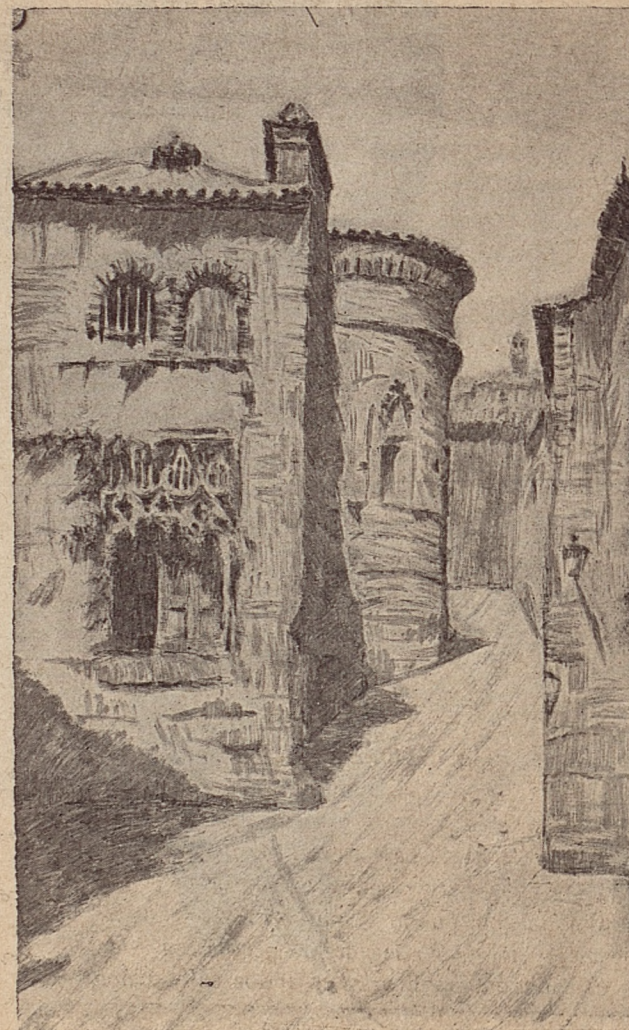
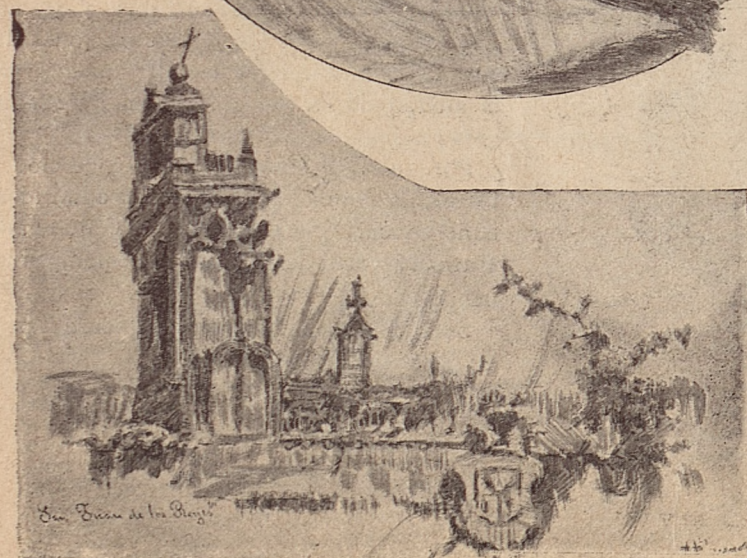
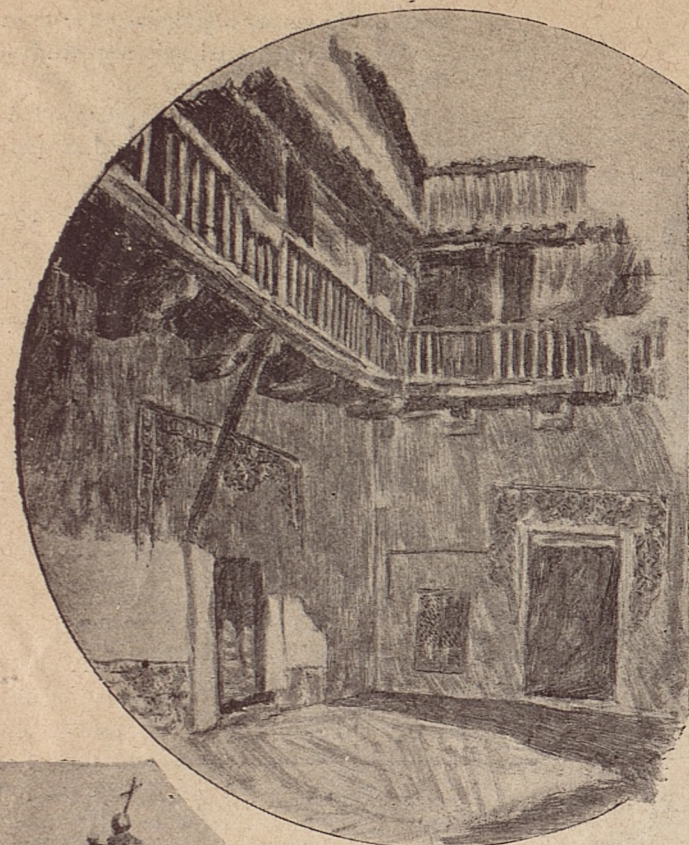
Sería cosa de averiguar si era verdad, para no pasar por Dresde nunca.

A. SÁNCHEZ PÉREZ



DE LAS GUERRAS

Por Páramo.



NOTAS DE LA GUERRA

LO QUE DICEN LOS SOLDADOS

I.

DICE no sé si Moltke ó algún otro autor de su fuste (puesto caso que de su fuste en materias bélicas haya alguien) que la guerra es la cosa más difícil de hacer entre todas las de este mundo. Y como es la mas difícil de hacer, es igualmente la más difícil de contar, si ha de salir bien hecha y bien contada.

A un General de nombre glorioso é ilustre le oí decir hace algunos años:—Es incalculable el número de gaitas que hay que templar en campaña. Entre todas debe producirse la armonía, y el General que olvide templarlas y contemplarlas á todas según su valor y utilidad, es hombre al agua. En algunos ejércitos y campañas la gaita de más difícil temple es el oficial; en otros, la Administración militar; en otros, el médico; en otros, el soldado, y aun se dan casos de ser la más difícil las acémilas ó las cabalgaduras.

Debemos pensar piadosamente que en la actual campaña de Cuba todas las gaitas se encuentran templadas al unísono, sin que ninguna discrepe ni desafíe: debemos atribuir la duración de la guerra á causas independientes de la buena voluntad que en todo el ejército, desde el General en jefe hasta el último acemilero, existe sin duda. Pero, con todo, bueno es enterarse, averiguar, saber, por cuantos medios de saber existan, lo que ofrece mayor interés para la patria hoy, lo que en su día le ofrecerá para la historia: el estado

y situación del ejército, y la verdad es que de tal asunto no puede formarse idea por los láconicos partes oficiales, ni aun por las noticias mejor comprobadas de los periódicos, sino por medios privados, que en muchos casos no es prudente publicar y en todos sólo tienen

valor parcial y limitado, como el de la nota suelta en la sinfonía ó el toque de color en el lienzo.

Así ocurre en las cartas íntimas de los soldados, cartas cuyo valor documental es innegable; no presentan sino aspectos reducidos, particulares casos de la guerra; pero muchas veces arrojan luz sobre multitud de pun-

Carta de un soldado a su familia de Julio del 76

Queridos tíos, dejen que al recibir de estas cuatro letras se allen buenos en compañía de mis primos, yo sin novedad a Dios gracias.

Es esta es para manifestarle como me va en tercera carta, por la que están bien de salud, nojabe. Y la alegría que tengo yo por esto, yo me llevo la siguiente marcha, para librarme del bonito hola. Fiebre, bñ acerle a V una pecena lista de las comidas y bebidas que tomo al cabo del día, favorables para tíos los peninsulares, y mañana una botija de leche entre otro y yo 2ª alay 10 el rancho que como muy poco 3ª alay 2 un refresco de limón

tos no examinados ni sospechados siquiera por quien contempla las cosas desde tan lejos.

Centenares de miles de cartas traen todos los correos de Cuba y pocas serán las que no revelen de manera gráfica y viva lo que no se ve en el impreso ni en el documento oficial. Así, no es difícil escoger. A manos de todos llegan y circulan con tanta ó mayor profusión que los mismos periódicos. Escojamos, pues, al azar unas cuantas y tendremos nuevas é interesantísimas notas de la guerra.

La carta reproducida en este número la escribe un recluta voluntario de infantería á un tío suyo, á quien como padre quiere y respeta. La historia es sencillísima. El soldadito era hace años un mozuelo descuidado y enredador, del que no se podía hacer carrera. Por su mala cabeza, fué despedido de algunos talleres en que trabajaba; vivió algún tiempo avergonzándose de que le mantuviera su familia. No se avenía con el trabajo ordenado y regular. Reprendiéronle con severidad y pretendió sentar plaza. No tenía edad para soldado: entró, pues, de corneta. En esto, la guerra estalló: él fué con las primeras fuerzas que llegaron á Cuba... Luego, ya se sabe: el corneta de siempre, audaz, satisfecho, vividor, hombre práctico al fin, con esa práctica segura que nuestro pueblo ha sabido aprender únicamente en medio de las penalidades del campamento, con ese instinto de lo provechoso que sólo sabemos aplicar á la guerra, nunca á la paz y al arreglo y economía del vivir corriente. Este corneta es un muchacho y desde luego ha comprendido que los enemigos mortales en la isla son el vómito, la fiebre, el cólera. No dice palabra de la guerra en sí: pelear es cosa fácil y llana, pero hay que prevenirse, cuidarse, conservar la salud, tomar, como él dice, comidas y bebidas

Con llelo quemé aconsejaron los peninsulares, que llelo mucho tienyo aquí, cuando estubo en el ingenio union Destacado, pues tío como ocurre que el bómite y la fiebre da por la sangre que se amasa en todo el cuerpo y como no tiene por donde salir se le forma un obillo en la boca del estómago que cuando llegan á morir mueren con todo el pescuezo y cabeza negra como la pez, deforma que el limón acorta la sangre y el llelo la refresca y se conjeo le uso como zeme lo ubiera. Y dao omis padres, bueno pues deynes de esto alay. Y de la tarde el otro mancho que se componen losos de arro patatas garbanzos y carne yo aquí que es como un destacamento pero en operaciones se componen de arro y carne además nos dan un pan que paga como dedos libras y no pesa m una today los días aquí y en operaciones y los reales de ga, de sobras

laborables para todos los peninsulares, sujetarse á un régimen racional y, no fiándose de remedios empíricos, fijarse y estudiar la enfermedad con la observación y la experiencia; y del estudio que nuestro corneta ha realizado resulta esa incomparable explicación, en la que tan de admirar es la fuerza descriptiva como la audacia parológica que revela en su autor, el ingenio de éste para imaginar que el bómite y la fiebre da por la sangre que se amasa en todo el cuerpo, y como no tiene por donde salir se le forma un obillo en la boca del estómago que cuando llegan á morir mueren con todo el pescuezo y cabeza negra como la pez, verdadera revelación patogenética en cuatro palabras, tan prodigiosamente discurrecida como la terapéutica aplicada por el autor, la cual se reduce á hiel y limón á todo pasto, de forma que el limón acorta la sangre y el llelo la refresca.

¿Habrá quien no reconozca en estos medicinales argumentos del corneta las razones mismas en que los médicos silogísticos del siglo xvi fundaban sus tratamientos, tal como nos los presentan los novelistas y autores de la época? ¿No es verdad que por estos párrafos corre un airecillo cervantesco, el cual orea y perfuma la prosa humildísima del soldado? ¿Qué autor hay capaz de construir sin artificio ni preparación un párrafo tan expresivo, tan natural, de tan graciosa espontaneidad como aquel en que dice que está uno atravesando unos meses que el que no se muere de un balazo lo ace de una enfermedad, así es que el que salga de ésta puede decir que sale de todas las cosas malísimas que haiga por pasar en este mundo...?

Tras de esta ráfaga de tristeza y de pesimismo tan bien traducida en el tosco lenguaje del corneta, viene el sentimiento natural de la curiosidad, el deseo de saber, por los periódicos, lo que se piensa aquí, en España, de la guerra, la necesidad de contemplar en

sero tío como aquí cuesta todo muy caro no se puede comprar nada así esto que está uno atravesando unos meses que el que no se muere de un balazo lo ace de una enfermedad así es que el que salga de ésta puede decir que sale de todas las cosas malísimas que haiga por pasar en este mundo.

Es cuando V me contigste me manda un periódico á todos los comos para el imparial ó el liberal ó de la noche para enterarme de lo que pasa aquí en esta isla y además me manda á decir lo que opine V de esto poro parece que no se acaba nunca sabra como está aquí donde están las oficinas Destacado poro cuanta poro operar no me gusta en este tiempo por las llubias y está aquí como en stage de enfermo pero hoy está al pelo con ganas muchas de estar atados buenos como hoy se encuentran ustedes, sin mas por

conjunto aquello que el soldado, por encontrarse dentro de la acción misma, no puede percibir sino parcialmente; el mismo deseo que acucia al polvorista de ver el efecto de sus artificiosas combinaciones al tiempo que las enciende, sin percibir más que chispazos, humareda, estruendo y exclamaciones de asombro en el populacho circunstante; el mismo anhelo que el actor siente por realizar el imposible de ver desde la sala el efecto que él propio acierta á producir en la escena; la misma pasión que al literato aguija de saber qué pensará de él cada lector al cerrar, regocijado ó mohino, la obra que acaba de leer.

El corneta necesita periódicos, noticias, algo que le indique adónde va; algo que le corrobore en su idea de que está realizando una misión grandiosa y elevadísima de cuyo acabamiento desconfía un tantico, por ser la desconfianza en el éxito otra cualidad indudable de nuestros hombres, y acaso la mejor de todas, dado que es la causa de la resistencia á toda prueba y de la resignación á toda malaventura.

Además, en los días á que la carta se refiere no resultó operar por las llubias y el corneta, que está en clase de enfermo, se encuentra al pelo, con muchas ganas de ver á su familia, pero con cuerda para muchos meses ó años, si se tercia, de estancia en Cuba.

Bien se ve que quien ha escrito semejante carta no es un iluso ni un inocente: es ya un hombre hecho y derecho, y cuyas palabras pueden servir á quien sea aficionado á las deducciones como base para tomar el pulso al Ejército, para conocer su situación de ánimo, las disposiciones en que se encuentra. Son las mismas de siempre: Pelear no importa; lo que hace falta es batirse con las enfermedades, para encontrarse útil en todos los momentos; lo que es necesario, además, es saber si se va á llegar á alguna parte, sea la que fuere, que tampoco eso importa; por fin, es menester pensar un poco en el resultado práctico de todos estos romanticismos, no para retroceder, por difíciles y encrespados que aparezcan, sino para aprovecharse después, ya que nunca supimos hacerlo.

Todo esto se transparenta en la carta que, entre muchas, hemos elegido. Lo mismo sucede en las otras. No hay divergencias de criterio como entre los diputados y los senadores, porque allí, en la campaña, no hay palabrería: todo es hecho vivo, sangriento. De la misma suerte hablan, de igual modo piensan todos los soldados.

F. NAVARRO Y LEDESMA.



DISTRACCIONES

JEROGLÍFICO



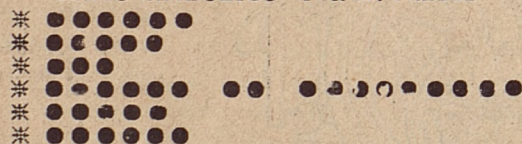
CONTRARIAS.—Por M. Marzal.

IGNORAR INVIERNO LISTO MORIR
DESUNIR ALEGRÍA DESPUÉS

1.º Hallar siete palabras que expresen lo contrario que las anteriores.

2.º Colocar las siete palabras halladas en columna de modo que sus iniciales den en acróstico el nombre de una revista ilustrada.

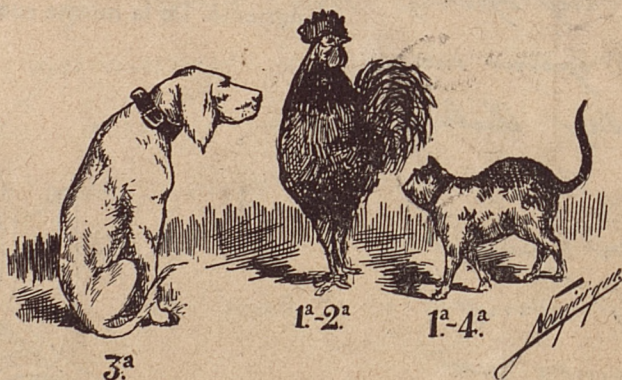
RAMO SIMBÓLICO.—Por M. MARZAL



Seis flores tiene este ramo
y en sus iniciales nombro
á la mujer que yo amo.



CHARADA EN ACCIÓN ZOOLOGICA



FRASE HECHA



JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS

OCEANO EN VI
TI BACO
SENA O

SOLUCIONES AL NÚMERO ANTERIOR

A los jeroglíficos comprimidos: 1.º, CAMPESTRES; 2.º, RESES; 3.º, COMEDIANTE; 4.º, LEPANTO; 5.º, ENCADENADO; 6.º, CARNERO; 7.º, CACAREO, y 8.º, CABIZBAJO.

RAMON ANGLÉS.—Imprenta y cromotipia, Fontenla